



JUAN LUIS GOMAR HOYOS

UNA CANCIÓN DE MAR

novela histórica

DOSIER DE PRENSA

Una historia de mar y guerra en la hora de la verdad de la Real Armada

Espionaje, combates navales, guerra de convoyes, triunfos y derrotas en el mar que en el siglo XVIII jalonaron un enfrentamiento crucial entre España y Gran Bretaña que contribuyó a materializar la independencia de los Estados Unidos, en una novela de aventuras con sabor clásico en la estela de Patrick O'Brian y *Master and Commander* protagonizada por personajes más allá de los límites de las convenciones sociales de su época.



Una canción de mar
978-84-128984-2-2
408 páginas
15,5 x 23,5 cm
Rústica con solapas
P.V.P. 23,95 €

«Recuerda, España, que tú registre el imperio de los mares». Año 1780. España y Gran Bretaña, los dos imperios que se disputan el mundo y sus océanos, vuelven a estar en guerra. Gibraltar es asediada por tierra y por mar, en un intento por recuperar el Peñón perdido con el Tratado de Utrecht, mientras que, en América, España se pone del lado de las rebeldes Trece Colonias contra el rey inglés. Es, entonces, cuando Jorge Damián de Aizkorri, oficial médico cirujano, parte a un nuevo destino en el navío Santísima Trinidad, huyendo de un escándalo que puede hundir su carrera y destruir su reputación. A bordo de ese buque, el más grande y artillado de su tiempo, hará buenas migas con un rudo marinero, Juan el Viruta, justo cuando a la Real Armada se le presenta la ocasión de asestar un golpe fatal a la Marina británica. Ambos compartirán secretos y anhelos, levantes y ponientes, abordajes y atraques, versos en esta canción de mar. Una canción de mar es una novela de aventuras que gira alrededor de una amistad que rompe convencionalismos sociales, con personajes que desbordan carisma y humanidad, y que, además, rinde homenaje al periodo de esplendor de la Armada española. Cuando navegar era un arte y una ciencia, y hombres como Jorge Damián de Aizkorri y Juan el Viruta vivían y morían sobre las cubiertas de un navío, impregnados del mismo olor a sal que dejan estas inolvidables páginas.

«Prefiero vivir con la gente de mar. Prefiero vivir con la mar.
Y si he de morir, prefiero morir con la mar».

Juan de Olvera, el Viruta.



Juan Luis Gomar Hoyos (La Línea de la Concepción, 1977), autor y amante de la Historia, es ingeniero de Caminos, profesión que le ha permitido viajar y conocer diferentes lugares del mundo. Ha cursado un máster de Ingeniería Naval y Construcción Oceánica, conocimientos náuticos plasmados en *Una canción de mar*. Con su primera novela, *La isla de las sombras* (2017), con una excelente recepción, inició una serie ambientada en la Guerra del Peloponeso, a la que por ahora se han añadido *El llanto inconsolable de los cuervos* (2019) y *La muerte te aguarda en Sicilia* (2022). Sus obras se caracterizan por su intento de traer al presente las voces del pasado a través de los relatos de primera mano; de explorar perspectivas y puntos de vista alejadas en apariencia de las actuales, pero que revelan en realidad el verdadero significado de lo clásico: aquello que siempre es actual, moderno y relevante. Participa activamente en redes de divulgación a través de la redacción de la revista DHistórica y en la sección del mundo griego en el canal de Bellumartis Podcast.

En librerías el 5 de marzo. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto:

Javier Gómez Valero – Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

LAS CLAVES DEL LIBRO

Desperta Ferro Ediciones sigue con su senda en la ficción histórica y nos traslada a 1780, durante la **guerra entre España y Gran Bretaña**, de la mano de una novela con mucha acción en los mares.

Jorge Damián de Aizkorri y Juan el Viruta, personajes ficticios rodeados de una pléyade de **grandes figuras de la historia marítima española**, nos trasladan a dos grandes empresas: el Gran Asedio de Gibraltar y la captura de un convoy inglés.

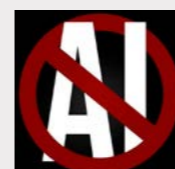
Una novela que **reivindica a la Real Armada española de la segunda mitad del siglo XVIII**, un período injustamente tratado a posteriori por el desastre de Trafalgar, pero que entonces poseía unos barcos y unos capitanes que poco tenía que envidiar a la Royal Navy británica.

Navegamos en las aguas del océano Atlántico y de la bahía de Gibraltar, y nos adentramos en mar abierta en pos de una flota británica que trata de abastecer a sus tropas en las colonias norteamericanas que están a un paso de conseguir su independencia.

Esta es una historia de **cirujanos, marinos, espías, ministros y un rey, Carlos III**, que unirán esfuerzos por conseguir atrapar a un convoy en la que será una de las grandes hazañas de la Real Armada española durante el siglo XVIII.

Asistimos también a la inesperada amistad entre dos carismáticos personajes: un cirujano que inicia una nueva etapa en la flota de Cádiz y un peculiar marinero que busca en la mar la vida que no puede tener en tierra.

Una novela en la mejor tradición de **C. S. Forestier y Patrick O'Brian**, y que nos evoca el sabor de la sal en los labios, el estrépito de los cañones en un combate entre navíos y la adrenalina en la sangre al empuñar un sable.

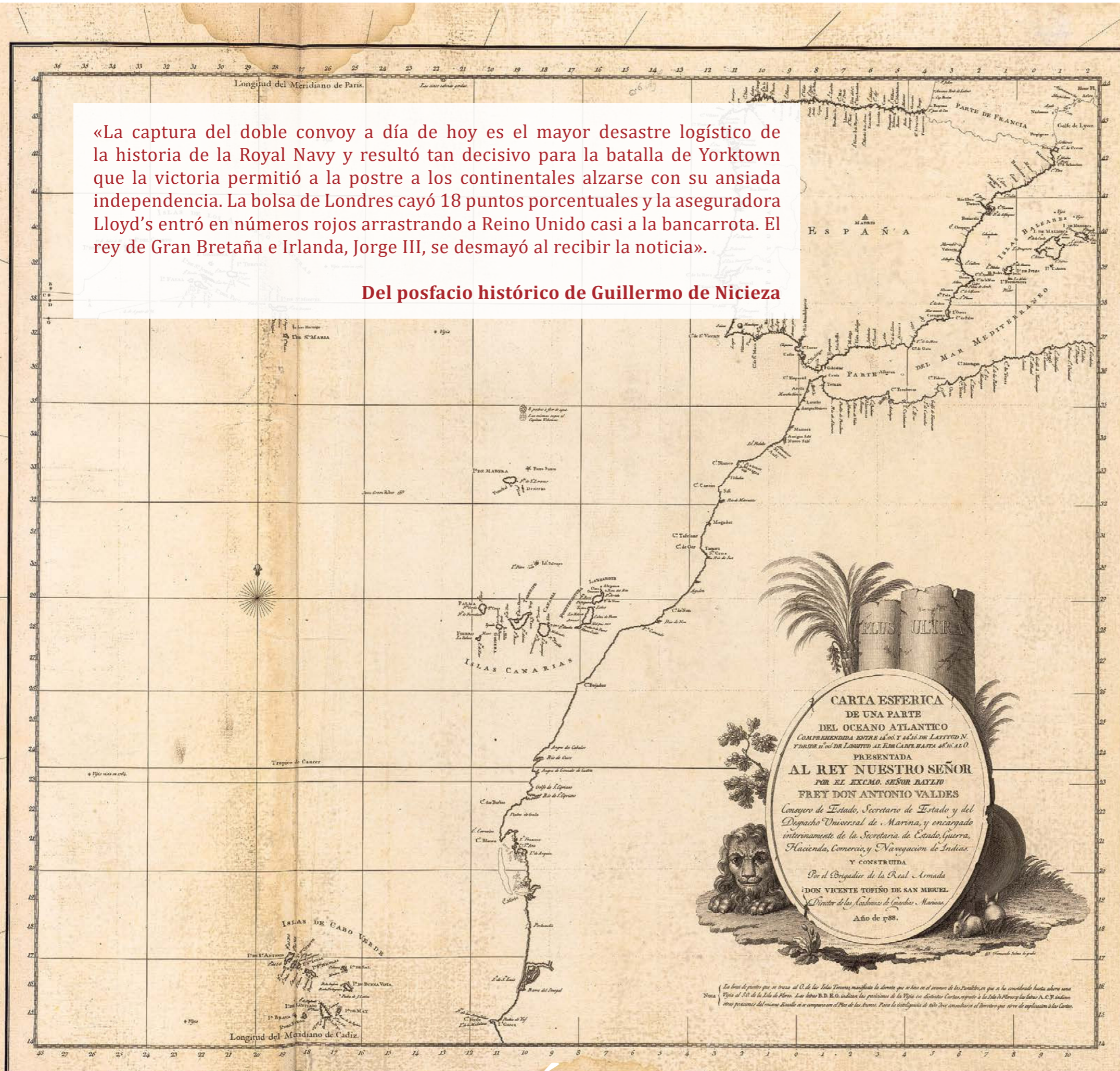


¿Sabías que la ilustración de la cubierta es una obra de arte analógico, sin rastro de IA? Ha sido creada por el artista gallego Pablo Outeiral, portadista habitual de las revistas de Desperta Ferro. Disfrútala y recreáte en sus detalles.



«La captura del doble convoy a día de hoy es el mayor desastre logístico de la historia de la Royal Navy y resultó tan decisivo para la batalla de Yorktown que la victoria permitió a la postre a los continentales alzarse con su ansiada independencia. La bolsa de Londres cayó 18 puntos porcentuales y la aseguradora Lloyd's entró en números rojos arrastrando a Reino Unido casi a la bancarrota. El rey de Gran Bretaña e Irlanda, Jorge III, se desmayó al recibir la noticia».

Del posfacio histórico de Guillermo de Niziea



ESPAÑA Y LA INDEPENDENCIA DE EEUU

En 1779 estalló la guerra entre Reino Unido y España en el contexto de la Guerra de Independencia de las Trece Colonias, y se iniciaba así la vertiente europea de este conflicto hasta 1783. Desde marzo de 1775 España había suministrado armas, pertrechos y dinero a los continentales mediante empresas fantasmas como Roderique Hortalez y Compañía y Joseph de Gardoqui e hijos, y con apoyo de Luis de Unzuaga, gobernador español de la Luisiana. En mayo de 1776 se enviaron 120 000 reales de a ocho en efectivo y otros 50 000 en concepto de órdenes de pago para los comerciantes asentados en la Luisiana. Francia, a su vez, también financió a los revolucionarios continentales justo antes de la declaración de independencia de los Estados Unidos, el 4 de julio de 1776 a través de Pierre-Augustin Caron de Beaumarchais, quien acabó dirigiendo las operaciones de contrabando y tráfico de armas a través del río Mississippi y su afluente el Ohio.

En España la designación de José Moñino y Rondono, conde de Floridablanca, como Secretario del Despacho de Estado, el 19 de febrero de 1777, y la interinidad que asumió más tarde de la Secretaría de Marina a causa de la enfermedad de Pedro González de Castejón y Salazar, marqués de Castejón, fueron un acicate para la causa revolucionaria. Ya en enero de ese mismo año, el joven coronel Bernardo de Gálvez, fue designado gobernador de la Luisiana con el objetivo de prepararse para un eventual conflicto contra Reino Unido, por lo que hizo acopio de armas y pertrechos y recibió 6 150 000 reales a través de Joseph de Gardoqui e Hijos.

La ayuda española fue decisiva para su victoria en la batalla de Saratoga, el 7 de octubre de 1777, donde las tropas de George Washington y Horatio Gates consiguieron romper el avance del general británico John Burgoyne, cuyo objetivo era aislar Nueva Inglaterra desde Canadá. Esta campaña animó a Francia a participar abiertamente en la guerra tras unas tímidas intervenciones del marqués de La Fayette y del vicealmirante Charles Henri Théodat d'Estaing, marqués de Saillans. En noviembre de 1778, se reforzó a Estaing con tres divisiones y diez navíos de línea. Posteriores acciones navales francesas en Martinica, en diciembre de 1779, aun con la pérdida de la mitad de convoy, permitieron avituallar a las Trece Colonias. Se abrió así un segundo frente de este conflicto en la Luisiana y la Florida, encuadradas en el golfo de México y en el mar Caribe, y con acciones de guerra muy notables como las capturas de Fort Bute y Baton Rouge, el sitio de Mobile o la decisiva batalla de Pensacola, así como la operación naval conjunta entre la recién nacida U.S. Navy con la Real Armada, que dio lugar a la toma de las Bahamas, y la defensa de La Habana de los ataques británicos.

EL ASEDIO DE GIBRALTAR

En Europa, en abril de 1779, se inició el Gran Asedio de Gibraltar –que tiene relevancia en una primera parte de esta novela– con la concentración en San Roque de un total 13 749 hombres. Para que el asedio resultara exitoso, la Real Armada debía colaborar con el bloqueo del transporte marítimo de suministros y refuerzos de la Royal Navy, y por ello se organizó una escuadra de 11 navíos de línea y 2 fragatas bajo órdenes del teniente general Luis de Córdova con la función de patrullar el golfo de Cádiz y la costa sur de Portugal. Una segunda escuadrilla –1 navío de línea, 1 fragata, 3 jabeques, 5 jabequillos, 12 galeotas y unas 20 embarcaciones de menor porte–, bajo el mando del jefe de escuadra Antonio Barceló, llevaría a cabo las acciones de bombardeo y asedio por mar del Peñón de Gibraltar. En estas acciones de bombardeo destacaron muy notablemente, en 1781 y 1782, las cañoneras de Barceló: eran pequeñas lanchas que con una exigua dotación de hombres y con un único cañón de 24 libras, que aprovechaban su maniobrabilidad para batir las posiciones del Peñón y escapar del fuego de las baterías enemigas; la novela hace hincapié en ellas.

La guerra entre España y Reino Unido se declaró oficialmente el 16 de junio de 1779, cuando las tropas españolas avanzaron y adoptaron posiciones cerca del fuerte de Punta Mala, al norte del Peñón de Gibraltar. Se reconstruyeron las antiguas baterías del istmo, proyectadas en 1729 por el ingeniero general Jorge Próspero de Verboom como un complejo sistema de fortificación con fuertes y baterías que guarnecían toda la bahía de Algeciras, creándose así la llamada Línea de Contravalación de Gibraltar que batiría las escuadras británicas que trataran de socorrer el Peñón por mar y haría fuego de asedio directo. Para octubre, las tropas españolas se reforzaron con 20 000 hombres más frente a los 5382 hombres de la guarnición inglesa bajo el mando del gobernador de Gibraltar, el general George Eliott, y la escuadrilla de 17 embarcaciones del contraalmirante Robert Duff. El 12 de septiembre, los británicos ya habían abierto fuego desde sus baterías sobre las posiciones de asedio españolas.

Frente a los objetivos españoles de estrangular los suministros al Peñón y forzar su rendición por hambre y falta de pertrechos, los británicos maniobraron para que desde Marruecos y Argel se abasteciera la posición con pequeños mercantes moros, capaces de burlar el bloqueo español al pasar entre los grandes navíos de línea de la Real Armada. Para evitar esto, se comisionó al brigadier Juan de Lángara con una división de 4 barcos para que patrullara el estrecho de Gibraltar. El 4 de septiembre Lángara

capturó cerca de la isla de Santa María la fragata corsaria Wichcomb, lo que le valió el ascenso a jefe de escuadra para final de año.

¿UN INTENTO DE INVADIR INGLATERRA?

Durante ese verano, de junio a septiembre, Madrid y París pusieron en marcha una ambiciosa campaña naval sobre el canal de la Mancha –mencionada en la novela– con el objetivo de desembarcar en el sur de Inglaterra, llevar a cabo una invasión terrestre desde Portsmouth y forzar el fin de la guerra. El 3 de junio, el vicealmirante Louis Guillouet, conde de Orvilliers, partió de Brest con una escuadra de 30 navíos de línea rumbo a las islas Sisargas, frente a la costa de La Coruña, para reunirse con una escuadra de 36 navíos de línea del teniente general Luis de Córdova, pero vientos contrarios retrasaron la reunión de ambas flotas hasta el 22 de julio; en Le Havre y Saint-Malo, mientras, se reunieron 40 000 hombres y 400 embarcaciones para la invasión. Los británicos contaban en esas aguas con la Flota del Canal con 40 navíos de línea, mandada por el anciano almirante Charles Hardy.

El almirante británico había recibido informes de inteligencia que situaban a la combinada enemiga en mitad del océano Atlántico, zarpó con presteza y para mediados de junio se encontraba patrullando las islas Sorlingas. El 14 de agosto, la vanguardia hispanofrancesa avistó la costa sur de Inglaterra, cerca de Portsmouth, pero dos días más tarde los franceses recibieron la contraorden de poner rumbo al oeste para desembarcar en Falmouth, Cornualles, supuestamente una mejor zona para llevar a cabo la invasión. Orvilliers y Córdova consideraron esta una zona muy desfavorable para las operaciones anfibias por lo que enviaron una misiva a París para que se reconsiderara la orden. El 18 de agosto un fuerte temporal arrastró a los barcos hispanofranceses en dirección oeste, rumbo al interior del océano Atlántico. Al intentar variar su rumbo para volver al canal de la Mancha toparon con la flota de Hardy, que, ante la superioridad numérica del enemigo, usó las islas Sorlingas como parapeto y evitar el combate, y se retiró a sus bases navales de Spithead, Southampton y Portsmouth. Ante el fracaso de la invasión, el 3 de septiembre los altos mandos franceses, que ostentaban el mando supremo de la combinada, decidieron interrumpir la campaña y poner rumbo a Brest. Fin de la campaña.

GUERRA DE CONVOYES

Durante ese tiempo también se produjeron algunos combates menores en el océano Atlántico, mientras que desde el Gobierno británico se había tratado de

llegar a una tregua con Floridablanca; negociaciones que fracasaron al no aceptar ninguna de las partes las cláusulas propuestas por la otra. Por su parte, la guarnición de Gibraltar comenzaba a sufrir los rigores del frío y el hambre, por lo que el general Eliott envió una misiva a Londres solicitando socorro.

Para ello, los británicos comisionaron al veterano almirante George Brydges Rodney con una gran escuadra de 22 navíos de línea, 14 fragatas y cerca de 200 naves menores, que zarpó del sur de Inglaterra a principios de enero de 1780 con destino a las Indias Occidentales, pero con órdenes secretas de abastecer Gibraltar y más tarde Menorca, otra plaza estratégica en manos británicas. El servicio de espionaje español descubrió la existencia de esta gran flota e informó a Floridablanca, que en ese momento asumía también la interinidad de la Secretaría de Marina. Los españoles, con apoyo francés, establecieron un plan de contingencia para interceptar el convoy británico. En caso de éxito, Lángara con 10 navíos y Córdova con otros 16 navíos hostigarían los restos de la flota de socorro británica, destruyéndola o capturándola antes de que abasteciera Gibraltar. No sucedió.

El 4 de enero, el almirante Rodney separó cuatro navíos de la escuadra para escoltar el convoy de 200 mercantes con destino a las Indias Occidentales, y con el grueso de la flota atacó y capturó, a la altura del cabo Finisterre, un convoy mercante español de la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas, compuesto por 22 buques. El día 16 de enero, la escuadra de Rodney, ahora de 19 navíos de línea y 6 fragatas, avistó entre los cabos de Santa María y de San Vicente la flota de Lángara, de 9 navíos de línea y 2 fragatas, que capturó. Tres días más tarde, el convoy de suministros de la escuadra de Rodney entró en Gibraltar y abasteció la plaza.

Durante junio de 1780, los agentes de inteligencia españoles en Londres descubrieron la existencia de un nuevo convoy, esta vez doble, cuyo destino era, por un lado, las Antillas, para avituallar a la escuadra del almirante Rodney, que se encontraba ahora combatiendo en las Trece Colonias, y por otro a la India, donde los franceses estaban apoyando las rebeliones de los maratas de Haidar-Ali Khan, sultán de Misore, contra los británicos. El convoy iba a estar protegido por la Flota del Canal, que, sin embargo, tenía órdenes de escoltar a los mercantes hasta las islas Sorlingas, donde recibiría el relevo del escuadrón blanco del vicealmirante Francis Geary que haría lo propio hasta el cabo Finisterre, mientras que la Flota del Canal volvería al canal de la Mancha. A partir de ahí, el convoy de 55 mercantes armados estaría escoltado únicamente por el navío HMS Ramilles y las fragatas HMS Thetis y HMS

Southampton hasta Madeira. En las islas Canarias el doble convoy se separaría siguiendo un escuadrón rumbo oeste y el otro sur, hacia el cabo de Buena Esperanza. Según los informes de los espías españoles, el convoy zarparía de Portsmouth el 29 de julio.

A su vez, la red de espionaje de Juan de Miralles en Filadelfia había descubierto a través de misivas entre oficiales de la Royal Navy y del Royal Army que el almirante Rodney estaba esperando pertrechos desde Inglaterra para reforzar su escuadra y asimismo lord Cornwallis esperaba refuerzos para combatir a los continentales en los frentes de Virginia y las Carolinas. Informado Floridablanca, quien dio por confirmada la existencia del convoy y las noticias que de él se recibían tanto en Europa como en América, enseguida obtuvo el beneplácito de Carlos III para poner en marcha su plan y ordenó enviar misivas desde Cádiz y Lisboa para informar a Córdova, que entonces se encontraba patrullando el estrecho de Gibraltar con su escuadra de 27 navíos de línea, 4 fragatas, 1 corbeta y 3 balandras. El jefe de escuadra José de Mazarredo, uno de los tácticos más brillantes de la Marina Ilustrada española, actuaba como su segundo. A la escuadra española se uniría más tarde un escuadrón con buques de Tolón y de Brest bajo mando de Antoine Hilarion de Beausset y compuesto por 9 navíos de línea y 1 fragata. Córdova, como comandante supremo de la combinada, enarboló su pabellón en el navío Santísima Trinidad, de 120 cañones, la joya de la Real Armada.

Córdova, de 73 años, incomodaba frecuentemente a los franceses, que alegaban que el almirante español era demasiado viejo para ostentar el liderazgo naval, pero gozaba del respeto y la confianza de todos sus subordinados y del gabinete de Floridablanca. Entre los días 9 y 18 de julio, su escuadra navegó las costas del sur de Portugal buscando la escuadra del vicealmirante Francis Geary, que supuestamente se dirigía proa a Cádiz con 34 navíos de línea y un escuadrón de observación de vanguardia de varias fragatas. Sin embargo, no hallaron ninguna escuadra ni división de observación por lo que volvieron al amparo de Cádiz.

GOLPE MORTAL A GRAN BRETAÑA

El 31 de julio la combinada de Córdova zarpó de Cádiz rumbo al cabo de Santa María con la orden expresa de no arribar más al norte del cabo de San Vicente. Pero, a primeros de agosto, el viejo almirante recibió despachos de Floridablanca que le autorizaban a poner rumbo norte hasta el archipiélago de las Azores, donde según sus informes se separaría el doble convoy británico y la escolta sería más exigua. En esas fechas, el comodoro John Moutray se

encontraba en el litoral portugués avituallándose y haciendo aguada.

Unos días más tarde, habiendo dejado atrás Lisboa, la escuadra de Moutray divisó una división de fragatas españolas y ordenó entonces variar el rumbo, si bien el convoy siguió con su derrota, pasando el cabo de San Vicente. La escuadra de Córdoba patrullaba las cercanías de la isla de Madeira en busca del convoy británico. Convocó un consejo de guerra en su cámara, donde se discutió la opción de virar al oeste para buscar a los británicos en medio del océano. Mazarredo razonó que los británicos, marinos expertos, continuarían hasta Madeira y luego a las islas Canarias para buscar los vientos alisios, más favorables para llegar a América. Córdoba siguió el consejo de Mazarredo y ordenó virar al este y arrumbar sobre la isla portuguesa.

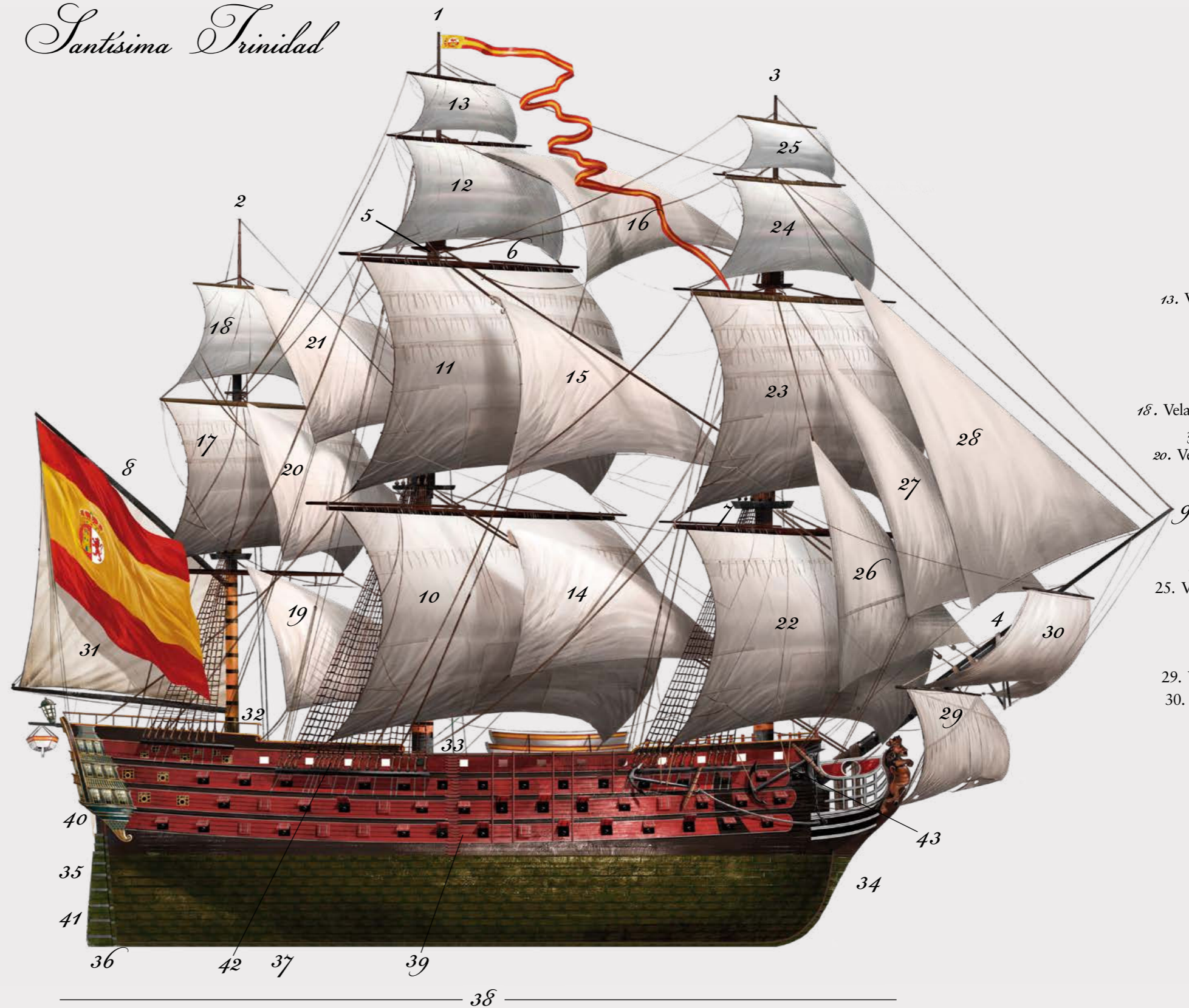
El 8 de agosto, cuando anoecía, el navío Miño del escuadrón ligero hispanofrancés izó la señal «tres velas desconocidas a barlovento». Cerca de una hora después, una fragata en descubierta repitió la señal, primero con banderas y luego con salvas de cañón. Durante las siguientes horas se produjo un acalorado debate entre los oficiales españoles y franceses sobre si las «velas no pertenecientes a la escuadra» eran de la Flota del Canal de Geary, que hubiera extendido su escolta más al sur, o bien del convoy mercante del comodoro Moutray. Mazarredo consideró el combate ya inevitable con una u otra escuadra enemiga y, con las primeras luces del alba del 9 de agosto de 1780, Córdoba ordenó izar la insignia de «caza general».

Durante toda la mañana, la escuadra española capturó 52 mercantes cargados con 80 000 mosquetes, 3000 barriles de pólvora, provisiones y materiales para la escuadra de Rodney, vestuario y pertrechos para 12 regimientos de infantería, un millón de libras en oro y 3000 prisioneros, de los que 1400 eran oficiales y tropa de infantería regular que iban a reforzar a lord Cornwallis. El valor de las fragatas y su carga superaba las 600 000 libras.

La captura del doble convoy a día de hoy es el mayor desastre logístico de la historia de la Royal Navy y resultó tan decisivo para la batalla de Yorktown que victoria permitió a la postre a los continentales alzarse con su ansiada independencia. La bolsa de Londres cayó 18 puntos porcentuales y la aseguradora Lloyd's entró en números rojos arrastrando a Reino Unido casi a la bancarrota.

El rey de Gran Bretaña e Irlanda, Jorge III, se desmayó al recibir la noticia.

Santísima Trinidad



1. Palo mayor
2. Palo de mesana
3. Palo trinquete
4. Bauprés
5. Juanete mayor
6. Verga mayor
7. Verga trinquete
8. Mesana cangreja
9. Botalón foque
10. Vela mayor
11. Gavia
12. Vela del juanete mayor
13. Vela del sobrejuanete mayor
14. Vela de estay de mayor
15. Vela de estay gavia
16. Vela de juanete mayor
17. Sobremesana
18. Vela de juanete de sobremesana
19. Vela de estay de mesana
20. Vela de estay de sobremesana
21. Vela de juanete de sobremesana
22. Vela de trinquete
23. Velacho
24. Vela de juanete de proa
25. Vela de sobrejuanete de proa
26. Contrafoque
27. Foque
28. Foque volante
29. Vela de verga cebadera baja
30. Vela de verga cebadera alta
31. Cangreja
32. Toldilla
33. Combés
34. Proa
35. Popa
36. Codaste
37. Quilla
38. Eslora
39. Santabárbara
40. Jardines de popa
41. Timón
42. Alcázar
43. Castillo

DRAMATIS PERSONAE

Jorge Damián de Aizkorri protagoniza esta historia. Hijo segundón y, a ojos de su padre, decepcionante de la adinerada familia de los Aizkorri, sus inquietudes le han llevado a hacerse cirujano de la Real Armada. Participó en el contrabando de armas que fue equipó a los rebeldes de las Trece Colonias, cuando, a pesar de su juventud, desarrolló su talento para tratar fracturas por herida de bala, lo que le dio cierta fama entre sus colegas. Trasladado a la flota que opera en el Gran Asedio de Gibraltar, recaló como el principal cirujano del navío capitán, el Santísima Trinidad.

Juan de Olvera, el Viruta, es un peculiar marinero, partió a la mar con matrícula, decidido a no volver a tierra jamás. A pesar de su físico -delgado en extremo, de ahí el apodo-, es ágil, valiente y, sobre todo, rápido de ingenio y de cuchillo, cualidades que le merecen dirigir el rancho a cargo de la maniobra de las velas del bauprés del Santísima Trinidad. Posee una gran habilidad para llevarse bien con todo tipo de personajes y clases en los barcos, y para mantener sus secretos.

Luis de Córdova (1706-1796), teniente general, es el marino más anciano y experimentado de la Real Armada. A lo largo de sus seis décadas en el mar ha servido a todos los reyes borbones; en particular ha gozado desde siempre de la confianza de Carlos III. Líder brillante para la Armada, tanto en la paz como en la guerra, bajo su égida se ha formado una generación asombrosa de marinos y en esta novela se narra una misión que le otorgará fama eterna.

José de Mazarredo (1745-1812) es un marino brillante y destaca por su asombrosa decisión e inteligencia. Organizador nato, redactó excelentes obras y tratados de táctica, estrategia y organización. Don Luis sea fijado pronto en él y lo puso a su lado como mayor general, confiando en su criterio en los momentos más críticos de sus acciones, al tiempo que lo preparaba quizás para ser su relevo. La misión que aquí se relata no habría triunfado sin su pericia marítima.

Antonio Barceló (1717-1797) es un marino asombroso. De humildes orígenes, destaca por su valor y astucia, que le han permitido ascender en la Real Armada por méritos propios. Su solo nombre causa terror a los berberiscos, rechazo entre la aristocracia que forma el alto mando de la Armada española y devoción entre los hombres que sirven a sus órdenes. En cuanto a la guerra con el inglés, sus maravillosas cañoneras hablan por él.

Eugenio de Mendoza es el cirujano de la fragata Santa Teresa, en la que nuestro protagonista comienza su viaje hacia Cádiz. Hombre afable y culto, su pasión son los libros antiguos. Enamorado del mundo clásico, aporta siempre perspectiva para analizar los hechos presentes, aunque su tendencia a imitar la sintaxis del latín en la lengua castellana le otorga una cierta pomposidad impostada. Apreciado por todos, ello no quiere decir que se queden a escuchar sus latines.

José Moñino y Redondo, conde de Floridablanca (1728-1808), fue el político español más influyente del siglo XVIII. Hijo de funcionario, pronto pasó a la política en el Consejo de Castilla. Carlos III lo ha puesto al frente de la Secretaría del Despacho de Estado, concibiendo en él al cerebro de su geopolítica. Con una enorme capacidad de trabajo que le permite asumir de forma interina algunas secretarías adicionales, su sagacidad madurará la idea de capturar un doble convoy inglés.

Sebastián Garmendia es el capellán del Santísima Trinidad. Antiguo caballero de la Orden de Malta, luchó con fiereza contra el turco toda su vida, pero decisiones personales forzaron su expulsión de la orden y un exilio que terminó cuando don José de Mazarredo, que ya lo conocía de las guerras anteriores, lo recluta para la Real Armada. Hombre de contradicciones y conflictos internos, y será un personaje determinante en la misión contra el enemigo británico.



ENTREVISTA A JUAN LUIS GOMAR HOYOS

¿Cómo podríamos definir a Juan Luis Gomar Hoyos para un lector que aún no ha tenido oportunidad de leerlo? ¿Qué le hace vibrar de emoción cuando se pone a escribir?

Podríamos decir que cuando empecé a escribir novelas, lo hice como una caja de resonancia al encontrar una historia que me hizo vibrar a mí primero. Las buenas historias tienen una cualidad, una «sustancia», como me gusta imaginarlo, que provocan reacciones en las personas. Para mí esa sustancia es real: tiene sabor y olor, y cuando la encuentro en las cosas que leo, la reconozco. Y entonces tengo el impulso de no solo guardar esa historia en tu cabeza, sino transmitirla con tu propio «timbre», si seguimos con la metáfora musical; o como una vela que enciende a otra vela a lo largo de la Historia. Creo que eso me define como escritor: soy un transmisor de historias. De buenas historias, me gustaría decir. Un cuentacuentos.

Una canción de mar es tu primera novela fuera del ámbito griego, en el que desarrollaste tu serie sobre

la Guerra del Peloponeso. ¿Qué te atrapó de la Real Armada española en las décadas de 1770 y 1780?

Cuando conocí estos hechos me parecieron tan interesantes porque es una historia que engloba espionaje, persecuciones, combates navales... Jolín, ¡tiene todos los ingredientes! Y además, la escuché en el contexto de la obra de diversos autores que tratan de revisar nuestra percepción sobre nuestra propia historia, y concretamente del siglo XVIII. Creo que se ha enseñado mal la historia de este periodo durante nuestra educación. La mayoría tiene una idea gloriosa del imperio romano, pero si hablamos del español, ah, es como si lo hubiéramos hecho todo mal. El cine tampoco ha ayudado en eso. Y, sin embargo, cuando más investigas, más te das cuenta de que fue un periodo prodigioso. Si podemos presumir con orgullo de pasado romano, también podemos mirar con orgullo el pasado imperial español.

Además, soy de La Línea, ciudad así llamada por la línea de circunvalación de Gibraltar. En la novela hablo de aquellos años anteriores a su fundación. «No se hizo La Línea en un día», después de todo.

Los protagonistas de tu novela son ficticios, pero das un gran peso a personajes históricos como Luis de Córdova o José de Mazarredo, que recreas poniendo el foco en su carisma y perspicacia. Queda la sensación que has querido reivindicar a figuras que no son muy conocidas por el público en general.

Luis de Córdova no tiene ni una calle en Sevilla. Así es como son las cosas, qué injusto. Pero todo el mundo conoce a Francis Drake o Nelson. ¿Por qué? Porque quizá hemos dejado que nos cuenten nuestro propio pasado. Pero si lo hacemos nosotros mismos, si buscamos en nuestros propios archivos, el resultado es fascinante. Mis personajes ficticios me sirvieron para poder observar todo con la mentalidad de la época, desde un punto de vista más neutral. En realidad, la obra nació con estos personajes ficticios, que vinieron «a visitarme» cuando había empezado a pensar en la novela. Creo que responden también a que no he podido leer nada de puño y letra de Córdova o Mazarredo. No he podido acceder a su mundo interior durante la documentación. Por eso, la perspectiva sobre ellos es externa. Afortunadamente, hay buenos retratos. Puede parecer una tontería, pero un buen retrato te dice mucho de un personaje.

Hay dos grandes episodios históricos que se recrean en esta novela y que, son respectivamente, un fracaso –el Gran Asedio de Gibraltar entre 1779 y 1783–, y un éxito –la captura de un doble convoy británico en agosto de 1780–, aunque este fuera efímero. ¿Quizá porque son la cruz y la cara de la moneda de la Real Armada española en estos años?

En realidad, mi idea inicial era contar la historia de la captura del doble convoy. Lo que pasa es que parte de la historia incluye los hechos del Gran Asedio, y esto me dio la oportunidad de enriquecer la novela. Por un lado, hablando del gran Antonio Barceló (otro personajazo) y sus cañoneras, y por otro, hablando de mi tierra. A veces, la «niebla literaria» se despeja y te encuentras con todos los hechos en perfecta conjunción. De modo que no pensaba en la Real Armada en conjunto, sino en cómo las historias de los personajes históricos y los ficticios se acercaban a esa membrana que separa realidad y ficción, en los alrededores de mi ciudad natal.

José Damián de Aizkorri y Juan el Viruta son dos personajes que, ocultando su pasado (y no poco de su presente), viven en lo que podríamos denominar

como los márgenes de una sociedad tan estratificada y constreñida como la de la España de finales del siglo XVIII. Y sus vivencias estaban, a pesar del silencio oficial, muy presentes en aquellos años...

Sí, son dos personajes muy marginales para la sociedad de la época. Pero las sociedades siempre han ido por detrás de la realidad de los seres humanos. Cuando una sociedad se niega a aceptar algo que hacen los seres humanos, esto no desaparece. Simplemente se esconde. Obviamente hubo oficiales y marineros como Aizkorri. Y obviamente hubo personas como Juan el Viruta. Esto último está además bien documentado. Siempre los ha habido, y siempre los habrá, porque es algo inherente al ser humano. Son los consensos sociales los que varían, en un sentido y en otro a lo largo del tiempo. Conocer el pasado, conocer otros tiempos y otras leyes, te da una perspectiva muy buena de lo que es importante y lo que no lo es.

La novela tiene un cariz netamente aventurero y muchos lectores encontrarán ecos en el cine de espada y espada clásico, como *El hidalgo de los mares*, o en propuestas más cercanas, y que también salen de una serie de novelas, como *Master and Commander*. ¿Necesitamos más novelas tan marineras como las que nos presentas?

Absolutamente. Las historias de aventuras nutren una parte de nuestro ser. Si además hablamos de aventuras en el mar... El mar es tan fascinante. Y la era de los navíos de línea, la cumbre tecnológica de la navegación a vela... es maravillosa. Esa llamada a viajar hasta más allá del horizonte sigue despertando algo en nosotros. Tomemos como ejemplo ese anuncio, posiblemente falso, que circula por internet, que dicen que usó Shackleton para reclutar a sus expedicionarios, decía algo así: «Se necesitan voluntarios para viaje peligroso. Bajo salario, peligro constante, largas noches polares, retorno incierto. Honor y gloria en caso de éxito». Estoy seguro de que ese anuncio no solo funcionaría en su época, sino que también lo haría en esta. Tal es nuestra naturaleza.

Las novelas de aventuras son sin duda de las mejores cosas de la vida.

Novela marinera, decíamos, pero que se lee, se devora prácticamente con fruición, y sin que la terminología naval sea un obstáculo. ¿Cómo fue el proceso de documentación?

Pues, aparte de que en su día me preparé el P.E.R., que participé en una regata con la empresa con la que tra-

bajaba, y que también estudié algo de Ingeniería Naval, debo destacar que la documentación prácticamente tiene nombre propio, y ese nombre es el de Guillermo Nicieza, que además tuvo la generosidad de escribir el posfacio al libro. Sus obras *Leones del mar* y *Anclas y bayonetas* son unas obras maravillosas que describen con toda minuciosidad el mundo en el que transcurre mi novela. El resto de los conocimientos me sirvieron para tener mejor comprensión de otros textos históricos. Pero el mundo de mi novela cobra vida a partir de todo lo que cuenta Guillermo en sus libros. Sin duda, aceleró el proceso de documentación para mi libro años. Años.

El haber navegado me ayudó a redactar las maniobras de forma clara, tal y como yo fui aprendiendo. Eso sí, tuve que buscar viejos vídeos en internet para ver regatas de jabeques, que las hay, y las maniobras principales en un navío de línea. Está ahí, en la novela. Todas esas horas de vídeos sirvieron para escribir una o dos frases, o solo una palabra precisa. Pero ahí están. Creo que debe ser así. En una novela, la documentación no puede dificultar el avance de la historia. Tiene que soplar siempre a su favor.

Has apostado también por un estilo literario que «suena» e incluso «huele» a época, a segunda mitad del siglo XVIII, pero sin que se lea impostado. ¿Hubo influencias literarias, clásicas y más modernas, o te pusiste de pronto a escribir con un estilo muy determinado y al mismo tiempo muy fresco?

Esa fue una decisión creativa deliberada. Consideré que era importante para transmitir mejor el modo de pensar de Aizkorri y sus contemporáneos. Definimos el mundo en función de nuestro lenguaje, y creo que no hay mejor forma de transmitir una visión que a través de las palabras de sus contemporáneos. Yo suelo leer muchos relatos de primera mano, desde la Antigüedad clásica hasta la actualidad. Cuando un texto está escrito para la gente de su época, da por sentado que muchas referencias van a ser entendidas. Que no hay que explicar ciertas cosas porque el lector las va a entender. Cuando siglos después te enfrentas a ese texto, descubres esos «huecos». Esos «vacíos» te dan una imagen muy buena de las ideas principales de esa época. Te ayudan a entender la mentalidad de aquellos años. Y además, sirven para

estimular la imaginación del lector. Buscan su implicación. Hace que la historia permanezca en la cabeza del lector aun después de cerrar el libro.

Además hay otro efecto: revivir ese estilo da sensación de verosimilitud, cosa que creo fundamental en la ficción, que es un contrato entre el lector y el autor.

Regresa la saga de Patrick O'Brian a las librerías, se presentan apuestas que reverdecen los éxitos españoles a lo largo del siglo XVIII –de Blas de Lezo

a Bernardo de Gálvez–, y parece que se devuelve la mirada a nuestra historia en un siglo XVIII. ¿Es tu novela una apuesta por el recuerdo de episodios (casi) desconocidos de nuestra historia?

Ya lo creo. He intentado transmitir el mismo asombro que sentí cuando conocí esas historias. Ese es mi compromiso con los lectores: no escribo nada que no me haya fascinado

anteriormente. Esa «selección» es un valor añadido de los autores. Es una apuesta personal, única y que nadie puede hacer por nosotros.

Y, por último, ¿volveremos a leerle en más aventuras navales o en andanzas griegas? ¿O quizá ya se barrunta alguna nueva odisea de la que quizá no pueda aún contarse nada?

No digo que no a nada, porque tengo más historias creciendo ahora mismo dentro de mi cabeza. Las riego con buenas lecturas y mucha reflexión. Hay historias de griegos y persas, y también barcos. Pero no puedo revelar nada. Novaline Price Ellis escribió un libro precioso sobre los años que pasó junto a Robert E. Howard. En una de las conversaciones que tuvo con él, Howard le dijo que nunca le contara una historia antes de escribirla. Contar una historia es semejante a publicarla, y si lo haces, puedes perder esa tensión que te hace pasar horas delante del cuaderno escribiendo. Si ya has empleado una forma de contarla, es más difícil luego volverla a plasmar de forma emocionante. Creo que estoy de acuerdo con Robert E. Howard. En cierta forma, solo tenemos una oportunidad de contar algo. Hay que aprovecharla bien.



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.

ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Dramatis personae

1. En el que comienza esta historia cuando creí que la mía propia iba a terminar
2. En el que se narra mi viaje hasta Cádiz y se cuentan asuntos muy particulares que retenían a la flota de don Luis de Córdova cerca de las Columnas de Hércules
3. En el que se expone cómo la astucia y la prudencia pueden ayudar ante los avatares de la suerte
4. En el que se muestra cómo la mar hizo poco por guardar la alegría con la que concluyó el capítulo anterior
5. En el que por fin hace su aparición el tan nombrado y tan notable Luis de Córdova, y al que me reporto, para después verme, a pesar de su gran fama, incluso más sorprendido por sus virtudes
6. En el que por fin embarco en el Santísima Trinidad y tomo posesión de mi puesto y del pequeño grupo de hombres a mi cargo, y en el que doy un desafortunado traspás
7. En el que por fin conozco a Juan el Viruta y da comienzo así una de las más extrañas amistades de la que se haya tenido noticia en los libros
8. En el que mi relato viaja a tierras de herejes y se narran hechos de los que solo tuve noticia años más tarde, pero que presento aquí como si lo hubiera sabido todo en su momento
9. En el que en aras de la agilidad del relato resumo algunas semanas de vivencias, acelero la narración de ciertos hechos y nos hacemos a la mar con frecuencia
10. En el que se revela cómo otro eslabón de esta historia tiene lugar entre las Trece Colonias y la muy hermosa tierra de la Luisiana
11. En el que por fin ponemos rumbo al Gran Asedio y conozco a notables personajes que allí sirvieron
12. En el que protagonizamos unos hechos muy singulares y dignos de ser recordados, a pesar de su naturaleza inapropiada
13. En el que toda la verdad sobre Juan el Viruta es revelada, y todo ello mientras bombardeamos la plaza de Gibraltar
14. En el que se narra la convalecencia de Viruta y algunos otros hechos notables
15. En el que se narran a mi criterio curiosos hechos de palacio que dirigirían los próximos acontecimientos de nuestras vidas
16. En el que se narran ciertos acontecimientos asociados a nuestra misión de vigilancia y se refieren algunos hechos astronómicos
17. En el que se narra el caso del extraño jabeque berberisco y su audacia extraordinaria
18. En el que cuento los hechos de Inglaterra ordenándolos en el tiempo, a pesar de que todo lo supe pasados muchos años
19. En el que se narran más acontecimientos del asedio, incluido un nuevo plan de Barceló
20. Que versa sobre una productiva tarde de trabajo en el despacho de Floridablanca, y presenta una reflexión sobre el trabajo que supone gobernar
21. En el que se narra la persecución en pos de una flota británica
22. En el que se muestra cuán caprichoso es el destino, que viene a encontrarnos cuando ya habíamos dejado de buscarlo
23. En el que se narran las graves decisiones que tomó la flota ante tan extraordinarias noticias
24. En el que comienza nuestra travesía oceánica en busca del oro del inglés
25. En el que descubrimos que las personas hacemos cosas que no responden a la razón
26. En el que se ilustra cómo hasta la criatura más humilde y diminuta puede resultar crucial en el devenir de los acontecimientos
27. En el que se narran los días previos a la llegada a nuestro destino y cierta inquietud sobre mí
28. En el que se narra el día séptimo del mes de agosto, con nuestra llegada a las aguas de Madeira y el comienzo del duelo de inteligencia con la flota enemiga
29. En el que se narra la larga jornada del día octavo de agosto, que pasamos en las aguas al norte de Madeira
30. En el que prosigue la narración de aquella larga noche y el avistamiento del enemigo
31. En el que se narran los hechos de la madrugada del 9 de agosto hasta el amanecer
32. Donde se narran los extraordinarios acontecimientos que llegaron con el amanecer
33. Que versa sobre los primeros sucesos de la mañana y en el que doy también alguna noticia para arrojar luz sobre estos hechos
34. Que transcurre durante toda la jornada del 9 de agosto
35. En el que comienzan los hechos que viví junto a algunos de nuestra tripulación el día 10 de agosto, y que bien pudieron llevarnos a la muerte
36. En el que se detallan las acciones a bordo de la Nereide y de la dispar fortuna que vivimos
37. Que narra los restantes asaltos a la Nereide y cómo la audacia de nuestros enemigos fue causa de tanto daño para nosotros
38. En el que nos reunimos con nuestros compañeros y, tras nuestra llegada a Cádiz, cerramos algunas de nuestras historias
39. Que, postrero, pone fin a esta relación de acontecimientos y da breve cuenta de lo que estaba aún por llegar

Epílogo
Santísima Trinidad
Glosario
Agradecimientos
Posfacio

DOSIER DE PRENSA

3. EN EL QUE SE EXPONE CÓMO LA ASTUCIA Y LA PRUDENCIA PUEDEN AYUDAR ANTE LOS AVATARES DE LA SUERTE

Fue como si el barco entero despertara. Las brigadas de marineros treparon por los obenques y se repartieron por las vergas. Extendieron los botalones para prolongar la longitud de estas y poder cazar así las nuevas velas; de haberlas montado antes, la veloz fragata se habría adelantado en exceso al convoy, pero en aquel momento, era claro que Casals no pensaba virar y asistír, sino huir de allí lo más rápido posible en dirección a Cádiz.

Massiá solo se acercó al comandante cuando la maniobra estuvo casi terminada. Yo estaba cerca y pude oírlos.

—Mi comandante... —dijo, pero el capitán le interrumpió.

—Teniente de fragata Massiá, reúna a los oficiales. En pocos segundos todos estaban alrededor del capitán.

—Excelencias, nuestros peores temores se han hecho realidad. La última salva de la Guipuzcoana informaba de una flota enemiga de veintidós navíos de dieciocho embarcaciones ligeras. No hay duda, es la flota del almirante Rodney. Ha salido antes de lo que esperábamos, o bien ha navegado más rápido de lo habitual, y desde luego no ha encontrado oposición mencionable en la flota francesa. Están intactos y han caído sobre el comandante Lhardy.

Todos se mantuvieron en silencio, atentos a las palabras de Casals.

5. EN EL QUE POR FIN HACE SU APARICIÓN EL TAN NOMBRADO Y TAN NOTABLE LUIS DE CÓRDOVA, Y AL QUE ME REPORTO, PARA DESPUÉS VERME, A PESAR DE SU GRAN FAMA, INCLUSO MÁS SORPRENDIDO POR SUS VIRTUDES

Caminé por el puerto hasta el cantil mientras los navíos de la escuadra de don Luis eran remolcados hasta el fondeadero. Catorce navíos de línea, ocho de los cuales eran de primera clase, los más grandes que había visto. Y, sin embargo, entre ellos pude distinguir sin dificultad mi nuevo destino, el mayor navío jamás construido y nave insignia de la flota: el Santísima Trinidad.

Era una construcción imponente. Si bien se veían ciertos daños a reparar en la arboladura, el maestro carpintero y su cuadrilla se habían esmerado con las reparaciones. En verdad empequeñecía a los barcos a su alrededor: más de setenta y cinco varas de quilla y tres cubiertas que permitían lucir sesenta bocas de fuego a cada banda, más que el total de los cañones de navíos de tercera clase. En su casco, pintado de negro y amarillo, no se veía ni una sola mella causada por intercambio de fuego. Pocos barcos se atreverían a enfrentarse a tal poder de destrucción.

Con todo, sus proporciones le hacían parecer mucho más ligero y las aguas se abrían a su proa casi sin remover turbulencias. Las curvas de la obra viva poseían

—No obstante, nuestro jefe de escuadra previó esta eventualidad —prosiguió—. Rodney cuenta con el barlovento y con navíos más rápidos que nos triplican en número. El convoy está perdido, pero nosotros intentaremos escapar, pues llevamos algo más preciado que el oro: información. Nuestras órdenes son navegar a todo trapo a Cádiz e informar a Córdova de la composición de la flota y su posición estimada.

—Un sacrificio —susurré—, una pérdida aceptable en pos de un bien mayor...

Casals me miró sin decir nada.

—Nuestra ventaja no es tan grande y no hay puertos amigos hasta doblar el cabo de Santa María —intervino Massiá—. Es una carrera a lo largo de toda la costa de Portugal. La flota inglesa puede alcanzarnos.

Casals le reprendió con la mirada.

—Si todo fuese mal, Lhardy iba a ordenar a la flota que se dispersara. Cada uno de los mercantes navega en un rumbo distinto. Los capturarán, oh, sin duda..., pero luego tendrán que ordenar la presa y reorganizarse. Eso es todo lo que nuestro jefe de escuadra puede hacer por nosotros. Nuestra parte es conseguir que no haya sido en vano.

Todos sentimos un estremecimiento en la nave bajo nuestros pies cuando sus alas se tensaron. Estando ya todo dicho, poco a poco todas las sonidos y voces se fueron apagando, y solo se oyó el crujido de palos y estayes y la salpicadura de las olas bajo nuestro casco.

unas geometrías prodigiosas y precisas, que bien conocíamos la relación entre esto, la velocidad, y los remolinos que quedaban en las estelas de nuestros navíos. La naturaleza, oscura y huidiza, recibía la débil luz de nuestra ciencia, y comenzaba esta a adelantarse y hacer previsiones que antes solo podían conocerse mediante la experiencia, los ensayos y costosos errores. Y en cuanto a su acabado, el alcázar era un palacio. Nada se había escatimado en tallas, remates y hermosas cristalerías.

Al fin fondearon frente al muelle de carga, pues poca mercancía habían de dejar o cargar, y el espacio debía estar disponible para los mercantes. Pronto las lanchas se acercaron de nuevo a sus barcos y comenzaron a cargar toneles vacíos y otros elementos a cambiar en los almacenes del puerto, y fue organizándose la intendencia de la flota. Mientras, sin que yo me perdiera detalle, me pareció distinguir a un hombre en uniforme, que descendía a una de sus lanchas y era transportado a tierra. Al acercarse pude ver sus insignias de forma clara: en aquella lancha se disponía a tocar tierra don Luis de Córdova. Entonces me di cuenta de que estaba

haciendo el idiota: Córdova se dirigía sin duda a la sede de la Capitanía, donde entregaría su informe, sus instrucciones y recibiría cualquier comunicación que le dirigiera el Secretario de Marina, y allí era adonde debía dirigirme y esperar que me recibiera. Después de todo, había solicitado un nuevo cirujano al menos dos meses atrás, mientras navegaba de vuelta de Brest a Cádiz.

Caminé deprisa hasta mi destino y aun así no llegué mucho antes que Córdova. Apenas tuve tiempo para presentarme ante el oficial y solicitar la audiencia con el capitán general. Mi carta de nombramiento me abrió todas las puertas y al final esperé sentado ante la puerta de su despacho, observando un gran cuadro de Cádiz y su puerto, tal y como eran apenas quince años atrás. Mientras aguardaba, pude apreciar cómo había cambiado la ciudad, signo claro de su actividad y del comercio con las Indias.

De súbito, don Luis de Córdova apareció por la escalera, acompañado por otro hombre, que no debía de llegar a los cuarenta. Era este grande, de ancha espalda y paso trabajoso, como si le costara caminar por tierra firme. Aunque bastardeado por su larga estancia en el sur, reconocí su acento de Bilbao: aquel era don José de Mazarredo, de quien había oído hablar en la academia,

pues siempre nos lo ponían como ejemplo en ocasiones ciento. En ese momento hablaba en voz baja con don Luis de asuntos de intendencia, me pareció entender. Sin embargo, el que atrajo toda mi atención fue el propio don Luis. Era viejo, es cierto, pero caminaba con agilidad y bien envarado, con las manos detrás de la espalda. Oía con atención a Mazarredo sin dejar de mirar el suelo que pisaba, como hacen los hombres que pasan más tiempo en el mar que en tierra firme. Mazarredo, absorto en su informe, no me miró al pasar a mi lado, pero don Luis sí giró un instante la cabeza y pude ver que se fijaba en mi uniforme.

—Buenos días, señor —me dijo con modales exquisitos. Solo entonces me percaté de que Mazarredo me escrutaba con curiosidad, como con media sonrisa.

—Buenos días tenga su excelencia —le respondí levantándome al punto. Era obvio que le había bastado ese rápido vistazo para saber qué hacía allí.

Asintió.

—Luego, luego —replicó e hizo un amable gesto para que me sentara—. Tiempo habrá y ahora urgen otros asuntos. Si usted es quien yo espero, no me servirá mientras mi barco esté en puerto. Enseguida estaré con usted.

7. EN EL QUE POR FIN CONOZCO A JUAN EL VIRUTA Y DA COMIENZO ASÍ UNA DE LAS MÁS EXTRAÑAS AMISTADES DE LA QUE SE HAYA TENIDO NOTICIA EN LOS LIBROS

Caro y alegre navegó el tiempo a través de la noche, mientras brindábamos por nuestro rey, por don Luis y por la toma de Gibraltar. El vino nos calentó el corazón y aligeró nuestras lenguas y pesares. Incluso a mí me espantó la melancolía que de vez en cuando me asaltaba al pensar en mis cuitas; así apagó, al menos por un rato, aquel dolor en mi pecho, que era como tenerlo lleno de brasas que se avivaban con el aliento. Por ello canté con ellos y con el amontillado de don Luis bauticé a aquel nuevo Jorge Damián que tuvo que nacer sobre el Santísima Trinidad. Y en un determinado momento, quiso don Luis salir un rato a cubierta, desde donde nos llegaban ruido de cantes y tonadas de los marineros.

Fue prudente, no obstante, el teniente general con el escaso tiempo libre de los hombres del barco. El sargento mayor Fillol, responsable de los infantes de marina, y don Manolo Carmona, el contraamaestre primero, acudieron a recibirnos, pero don Aniceto le indicó que era el tiempo de descanso y que todos debían seguir con lo que hacían. Nos limitamos a subir a la toldilla mientras uno de los marineros pedía hurras para don Luis y don Aniceto, y los hombres de guardia se descubrieron ante la oficialía. Desde allí observamos la cubierta: serena había quedado la noche, con el cielo despejado y cuajado de estrellas, y la bahía plana

como un espejo, que hasta los luceros del cielo se reflejaban en ella.

Caía el aire frío, pero a nosotros nos calentaba el vino, y los hombres se arremolinaban alrededor de los braseros y lámparas que habían dispuesto. Veíanse sus rostros dibujados en una grisalla anaranjada sobre el fondo oscuro. Brillaban sus ojos en la oscuridad con la luz danzarina de las brasas. Fue entonces cuando llegamos a oír una alegre canción, acompañada por palmas y una guitarra. Su voz era a la vez ronca, suave y dolorosa como una puñalada. Nos quedamos todos escuchando en silencio.

*Ay río de Sevilla,
qué bien pareces,
lleno de velas blancas
y ramas verdes.*

—Preciosa canción —murmuré.

—Hombre, unas sevillanas.... Don Aniceto —dijo Córdova—, ¿no es ese al que llaman el Viruta?

—Así es, don Luis.

—Tiene pellizco —dejó caer, siguiendo el ritmo golpeteando con los nudillos sobre la madera.

—Y los cojones bien puestos si me permite el comentario su excelencia —dijo de súbito don Manolo, que se nos había unido en la toldilla.

—Don Manolo, por dios —le reprendió don José.
—Ni don Manolo ni nada.

Don Luis sonrió, según pude ver en las sombras de su rostro.

—Ilústrenos, señor Carmona, sobre lo que se cuenta del tal Viruta.

—Pues de su vida anterior no sé mucho, pero antes de caer en este barco participó en la captura de una fragata inglesa, y él solo acabó con cuatro infantes de marina. Por lo visto es rápido con el cuchillo. Fue recomendado y me lo traje a bordo. Él y los suyos manejan el aparejo del bauprés. Los hombres a su cargo le temen y respetan tanto como a mí. Además tiene arte, pero es algo deslenguado.

Me quedé observando al Viruta y su rancho.

—¡Vamos, *Manué!* —animaba el cantante al guitarrista entre estrofa y estrofa.

*Lo traigo andado;
cara como la tuya
no la he encontrado.*

Lo primero que notaba uno era su extrema delgadez. Visto de lado parecía que lo podía abarcar uno con la mano. Sin embargo, había una visible tensión y firmeza en todo su cuerpo, como si fuera un gato a punto de saltar sobre su presa. Las sombras de su rostro le hacían parecer mayor de lo que era; al día siguiente, a la luz del sol, me sorprendió ver que no era mucho mayor que yo, si bien en aquella noche parecía bien entrado en los cuarenta. El sol y el mar habían curtido su piel como un cuero, y sus ojos brillaban con una mirada profunda y oscura.

Entonces terminó la coplilla y levantó la vista hacia mí, como si oyera mis pensamientos. Duró solo un instante.

12. EN EL QUE PROTAGONIZAMOS UNOS HECHOS MUY SINGULARES Y DIGNOS DE SER RECORDADOS, A PESAR DE SU NATURALEZA INAPROPIADA

No había ya ninguna luz para guiarnos, salvo los braseiros que veíamos a lo lejos, sobre el fuerte de Santa Bárbara y la prolongación de la línea hacia San Felipe. Supe que no sería tan estúpido de acercarse al fuerte, sino que hablaría con los guardas de la contravalación; y si todavía no habíamos oído ningún disparo, era señal de que, al menos, no le habían matado los nuestros.

Arrastré pues a aquellos dos conmigo y rodeamos a distancia el fuerte, para bajar a la línea en un quiebro que hacía esta.

—¡Ah de la línea! —grité desesperado.

—¡Santo y señal! —respondió un soldado desde la oscuridad.

—Somos amigos, por Dios. Somos españoles y servimos en las naves de don Luis de Córdoba. Yo me llamo Jorge Damián de Aizkorri y soy el primer cirujano del Santísima Trinidad.

Hubo unos instantes de silencio, como si aquella información no les fuera nueva.

—¿No serán vuestras mercedes amigos de un tal Juan de Olvera?

—La madre que nos parió... Por aquí pasó el Viruta —masculó *Carvajá*.

—Buen amigo —le dije al soldado—, así es. Buscamos a nuestro camarada. Está muy ofuscado y puede hacer cualquier cosa.

—Nos dijo que pretendía llevar una bandera hasta el castillo. ¿Lo ha visto? —intervino Manuel Osorio.

El soldado soltó una carcajada.

—El diablo le lleve... ¡No lo vi! Hacía yo mi guardia y sentí que alguien pasaba, silencioso como un ánima. Debe ser medio gato vuestro amigo: corrió por el terraplén para arriba y trepó por la estacada, todo en un verbo. Para cuando amartillé mi mosquete, ya corría por la tierra de nadie, pero se volvió y desde la oscuridad me gritó que era

Juan de Olvera, que tenía más cojones que nadie y que, si no volvía, al menos diera noticia de él si alguien lo buscaba.

Me asaltó el más negro de los temores. Había conocido muchos marineros de baja ralea: hombres duros, muy duros, pero de carácter inestable y que caían fácilmente en los excesos, sobre todo cuando se enfadaban; incapaces de controlarse, podía ocurrírseles cualquier cosa, aun en su propio perjuicio. Viruta resultó ser uno de ellos, pero aquello me afectó más; supongo que le había cogido afecto.

—¿Qué hacemos? —preguntó Osorio.

—Yo no voy a ir a buscar al Viruta. Al otro lado están las defensas inglesas —dijo *Carvajá*.

—*Carvajá*, ¿es nuestro amigo?

—Si tiene mal beber, que apechugue. No me va a arrastrar hacia el infierno con él porque se enfade con una ramera. Además, estamos en tierra, ¡no es nuestro elemento!

—Yo creo que deberíamos buscarlo —insistió Osorio.

—¡Un momento! —gritó con firmeza el soldado—. Aquí nadie más va a pasar, así que retrocedan o van a recibir una buena plomada. Si su amigo se ha escapado, en el pecado lleva su penitencia. Es difícil que volvamos a verlo. Pero esto es la línea de asedio y si digo que no se pasa, no se pasa.

Me volví cabizbajo hacia mis amigos.

—Este hombre tiene razón. No podemos hacer nada más por él.

—Podemos esperarle —dijo Manuel—. Aguardemos hasta el último momento antes de volver a la Punta Mala.

Miré al cielo. Todavía quedaba tiempo suficiente para atravesar la tierra de nadie y regresar al navío antes del cambio de guardia.

—¿Podemos, amigo? —le pregunté al soldado—. Esperaríamos aquí, no más cerca, y no molestaremos.

El soldado se apiadó de nosotros; después de todo, era nuestro camarada.

—Debo dar parte al cabo de guardia —contestó el soldado—. Él decidirá qué hacer.

No tuvimos que esperar mucho. El cabo Paredes apareció al poco, haciendo su ronda, y el soldado, que dijo llamarse Miguel, le hizo señas con su linterna y le puso al día. El cabo nos miró con suspicacia, pero había oído al Viruta cuando gritó desde la oscuridad; sin duda, le movió a lástima lo desesperado de nuestra situación. Y, por qué no decirlo, también estimuló su avaricia, porque nos hizo una propuesta.

—Bien, vengan conmigo hasta la línea. Allí aguardaremos noticias de su amigo, después de todo tiene arrestos. Apostaremos. Miguel, llama a los otros, haremos una bolsa.

Así ocurrió. Después de todo, estábamos en un asedio y eso significaba que la mayor parte de los días nuestros soldados se limitaban a observar al enemigo, y al revés. Estaban aburridos, las horas debían de hacerse interminables. Aquello era algo que no ocurría embarcado, pues buen cuidado ponían las ordenanzas en tasar con tino el tiempo de descanso; el alma de los hombres se pudre sin nada que hacer, como el agua de un tonel. Lo absurdo de nuestro caso suponía un inesperado aliño a la guardia de aquel día. Ni dados redondeados con el uso ni cartas grasientas: se jugaron la paga al retorno con vida del valiente Juan de Olvera, que no solo había esquivado la guardia y saltado el parapeto, sino que, antes de hacerlo, se había hecho con una bandera.

Fueron seis soldados los que se unieron al grupo y todos apostaron contra el cabo Paredes a que Juan no regresaría; que oírían un disparo, tal vez una salva, y eso sería todo.

Aquella espera me fue especialmente amarga. El vino acentuaba mi melancolía y, sobre todo, la angustia por el Viruta por parte de sus compañeros se me contagió como una enfermedad. En esos momentos uno percibe quién en verdad es apreciado y respetado. Ciertamente era que nos jugábamos mucho de no llegar

a nuestro barco a tiempo, pero supe que ni a punta de espada apartaría a Carvajal y Manuel de allí sin tener alguna certeza sobre el destino del Viruta.

—No hay más de media legua hasta sus defensas —comentó el cabo Paredes tras un largo rato de silencio observando la oscuridad—, pero los baluartes del castillo quedan por detrás.

—No ha habido ningún disparo —dijo Manuel.

—A lo mejor le han capturado —murmuró otro soldado.

—El Viruta no se dejaría capturar sin hacer chillar a alguno de esos cerdos —sentenció *Carvajá*.

De repente nos llegó el inconfundible sonido de una detonación; luego, muy seguidas, cinco más. Y después gritos. Gritos en inglés.

—¡Buen Dios! —exclamó el cabo.

—Pobre hombre... —dijo Miguel justo antes del sonido de una nutrida salva.

—Pero nos hará un poco ricos —dijo otro de los soldados.

Pude sentir la mirada de odio que le dirigió *Carvajá*.

Entonces nos dimos cuenta: si seguían disparando, es que no le habían dado.

Otro disparo. Y luego otro, y otros cinco en salva. Sobre la línea inglesa se vieron fuegos, pero disparaban hacia la oscuridad. Viruta debía de estar escapando hacia nuestras líneas; lo imaginé corriendo sobre el istmo, solo.

Y entonces se me ocurrió.

—Dadme una antorcha —dije, decidido—. Guiémoslo hacia aquí.

El bueno de Miguel corrió a uno de los haces que había dispuestos por las defensas, lo prendió con su chisquero y pronto la agitó por encima de la estacada.

—¡Juan! ¡Juan de Olvera! ¡Corre hacia nosotros! —gritó.

—¡Vamos, Viruta, por tus muertos! —bramó *Carvajá*, dando golpes en las estacas.

Se hizo el silencio, pero un instante después nos llegó una voz, débil, un grito de alguien que corría sin aliento:

—¡Ya voy, *cojone!*

21. EN EL QUE SE NARRA LA PERSECUCIÓN EN POS DE UNA FLOTA BRITÁNICA

Zarpamos poco después, mientras mis hombres ordenaban todo y dejaban al alcance los sacos de arena para el suelo, y don Valentín enviaba a los grumetillos a dejar pólvora suficiente en la batería. Tocaría a los artilleros de la primera batería hacer la guardia.

Sobre nuestras cabezas sonaban los pasos de la tropa y la marinería, en un último destello de actividad antes de que el silencio de la noche se impusiera. Durante un rato estaba convencido de que tocarían zafarrancho. Pedí a Mejías y a Liébana que corriesen la lona que separaba la enfermería de los artilleros. A nadie le resulta agradable seguir luchando mientras ve cómo sus compañeros sangran y chillan de dolor. Si los lectores no han oído nunca los gritos de un hombre mientras le sierran un brazo o una pierna... En ese sentido, los hombres tienen algo en común con las bestias: una simple cortina, al igual que unas simples gríngolas que solo dejan ver hacia delante, permiten al hombre y al caballo seguir su tarea sin dejarse llevar por el pánico.

Pero me equivocaba. Un rato después, con el barco en rumbo, los ruidos se fueron acallando; los pasos sobre las maderas cesaron y oímos como arriba colgaban los coyotes para echarse a dormir. Todos salvo la batería de don Valentín. Esos hombres se tumbaron en el suelo o se sentaron contra las cureñas, prestos a servir sus cañones.

Poco después apareció el Viruta, asomando entre la cortina, mientras yo revisaba los inventarios. Había enviado a dormir a los barberos a las literas y solo se oía la efervescencia de nuestra navegación a través del agua y el crujido de las maderas.

—Don Jorge...—llamó con discreción.

—Hola, Juan. ¿Qué tal va todo por ahí arriba? No han llamado a zafarrancho. ¿Hay alguna novedad?

—Sus excelencias han estado discutiendo qué rumbo seguir. Se ha fijado en sursuroeste. El viento favorece a los ingleses si intentan dirigirse hacia el estrecho, así que se han hecho seis divisiones y han dado órdenes de extenderse el máximo. Tenemos al Hero francés de matelote. Es un hermoso navío, don Jorge.

—¿Han lanzado la descubierta?

Viruta asintió.

—Todas las fragatas, y hasta la corbeta Santa Catalina, nos han tomado la delantera. Si están ahí, los encontraremos.

—Entonces, ¿qué haces aquí? ¿No deberías estar con tu trozo?

—Nos han mandado a descansar esta noche. Carmona prefiere contar con los míos en caso de combate. Nos hemos cambiado con los de José el *Cortao*.

En ese momento pasó a nuestro lado Mejías, que iba al jardín con cara de cansado. Viruta se calló hasta que lo oyó subir la escalera hacia la siguiente cubierta. Entonces se acercó en tono de confidencia.

—Don Jorge, si me tienen que traer a la enfermería, quisiera pedirle que en la medida de lo posible, no me atienda *Curro el Verde*.

Me vio la cara de sorpresa. Reconozco que tuve que hacer un esfuerzo para no reírme.

—No se ría.

Hice un gran esfuerzo para recomponerme. Me puse serio.

—Mira, Juan, te aprecio mucho, pero esto es un navío de la Real Armada y si llegan los combates no me voy a detener por sus caprichos. Si te toca Mejías, pues le ha tocado y ya está. Si tuvieras un trozo de astilla clavado en el cuello y Mejías fuera el único libre para sacarlo, ¿acaso vas a negarte?

Viruta se dio cuenta de que se había excedido en las confianzas.

—No se hable más, don Jorge. Usted perdona a este pedazo de alcorcho. Tiene toda la razón.

Creo que no se dio cuenta de que había hecho un gran esfuerzo por no llamar Curro el Verde a Mejías cuando lo reprendí. Después se fue a dormir con los suyos, de acuerdo a las instrucciones del contraamaestre.

Fue una noche larga. Aguardé alrededor de una hora más y luego, ante la calma, me tumbé en una de las literas; después de todo, un médico cansado haría peor servicio. No pude dormir bien, no obstante: oía hablar a los hombres de la batería del otro lado; don Valentín estuvo todo el tiempo yendo de grupo en grupo, animándolos y asegurándose que nadie se dormía; oía las portillas de los cañones levantarse. Los hombres echaban miradas. De cuando en cuando, don Valentín subía a la cubierta principal a informarse de las novedades. Me comentó al día siguiente que había sido una noche clara y con viento suave.

22. EN EL QUE SE MUESTRA CUÁN CAPRICHOSE ES EL DESTINO, QUE VIENE A ENCONTRARNOS CUANDO YA HABÍAMOS DEJADO DE BUSCARLO

Al día siguiente, después de haber navegado más de ciento veinte millas con rumbo oeste, hacia el cabo de San Vicente, y cuando debíamos de estar más o menos frente a Faro, una de nuestras fragatas de la descubierta avistó los dos palos de un bergantín; según supimos por su informe, este le hizo señales de que poseía un mensaje para la flota.

—Es un mercader de Portugal, pero dice trabajar para los intereses del rey Carlos —dijo el teniente de fragata que los había escoltado hasta el Santísima Trinidad.

Don Luis se dirigió al capitán en portugués.

—Si eso es cierto —le comentó—, debe tener algo que darme o bien conoce el santo y seña; si no, me veré en la obligación de detenerle en calidad de espía.

—Traigo un mensaje del propio Floridablanca —respondió, sacando un pliego de su zurrón.

Mazarredo se levantó, lo tomó y lo examinó a la luz.

—Es el sello del secretario de Estado de Marina. No hay duda.

—¿De dónde viene usted? —le preguntó don Luis.

Entonces nos contó su historia. El mensaje de Floridablanca, secretario en funciones, había llegado a la embajada española de Lisboa y el embajador había contactado con su propia red de correos. Su misión consistía en localizar a la flota española alrededor de San Vicente y entregar el mensaje a don Luis de Córdova. Aprovechando la velocidad de su bergantín, y teniendo en cuenta el golpe de suerte de toparse con la flota en movimiento, el mensaje había llegado a su destino antes incluso de que el segundo llegara a Cádiz, como supimos más tarde.

—Gracias. Ha hecho usted un enorme servicio —le dijo don Luis al leerlo. Después, se retiró a su camarote.

Aquel hombre se llamaba Juan Natividad de Gaia. Era un hombre valiente y no en forma muy diferente a los mil hombres que navegábamos en el Santísima Trinidad. Tal vez no arriesgara su vida en una batalla, pero el buen pago que se hacía a los hombres como aquel por su trabajo no justificaba el tener arrestos para hacer algo así. A los espías les aguardaba todo tipo de agonías durante los interrogatorios previos a su ejecución. Vi alejarse su hermosa embarcación, veloz hacia la costa africana. Después de todo, era un hombre de negocios y no había razón para no aprovechar el viaje.

Del grave contenido del mensaje supimos aquella misma noche. Durante el día, don Luis había hecho llamar a Mazarredo y ambos pasaron la tarde reunidos, hablando y haciendo cábalas y planes. También habían hecho señales para llamar a todos los jefes de división de su flota, de modo que a lo largo de la tarde fueron llegando los capitanes del Purísima Concepción, el Bourgoigne, el Marseillais, el Protecteur y el Santa Isabel. Los marineros comenzaron a murmurar, según me contó el Viruta, que apareció por la enfermería a recoger una solución para uno de sus hombres con diarrea.

—Se avecina algo gordo —me dijo radiante—. Dicen que don Luis ha localizado a Geary.

De hecho, cuando llegamos al salón y don Aniceto atendía a los demás capitanes, Córdova y Mazarredo aparecieron con el uniforme reluciente y con aire severo. A don Luis, no obstante, se le veía un brillo de felicidad en los ojos.

—Señores, tenemos órdenes. Vamos a la caza del mayor tesoro jamás embarcado o a la mayor batalla que se haya peleado jamás en el Atlántico, o tal vez ambas.

27. EN EL QUE SE NARRAN LOS DÍAS PREVIOS A LA LLEGADA A NUESTRO DESTINO Y CIERTA INQUIETUD SOBRE MÍ

Más tarde, ya acabada la cena, salí a cubierta a estirar las piernas. Era una noche clara de verano y la luna brillaba próxima al plenilunio. El navío cabeceaba despacio entre suaves olas. El mar era un abismo de negrura, pero todo lo que nos rodeaba brillaba con la luz plateada de Selene. Los hombres de guardia y los infantes permanecían en sus puestos, preparados para cualquier contingencia, pero los que estaban de descanso habían subido a buscar alivio al aire sofocante que se respiraba bajo las cubiertas. Pequeños fanales iluminaban el espacio alrededor de los palos, donde se sentaban los hombres para charlar.

Se oyó una triste tonada de mar, que cuando acabó, fue sustituida por un alegre palmeo y la voz ronca y aguda del Viruta y la guitarra de *Carvajá*. Allí estaba con su rancho. En la mano sostenía su pipa de arcilla aún humeante.

*A mí me gustan tus ojos,
brillantes cual luna llena,
Y las líneas de tus manos,
Y tu carita de buena.*

*Como martirio de Cristo,
pené porque me quisieras,
Ya está la luna fuera
pero yo aún no te he visto.*

*Y a mí me gustan tus ojos,
Y tu carita de buena.*

—Bravo —exclamé al finalizar.

Viruta hizo una cómica reverencia y cedió la atención de los reunidos al Bartolo. Me di cuenta en ese momento que apenas habíamos cruzado dos palabras des-

de la muerte de Martinillo; el pesar lo había enturbiado todo. Pero en la víspera de la batalla, conscientes de que no era improbable que aquella fuera la última vez que hablásemos antes de que nos llevara la muerte, nos dimos cuenta de lo que en realidad era importante. Ni siquiera hicieron falta palabras. Viruta agarró su tazón con el vino aguado y lo elevó un instante antes de tomarlo.

29. EN EL QUE SE NARRA LA LARGA JORNADA DEL DÍA OCTAVO DE AGOSTO, QUE PASAMOS EN LAS AGUAS AL NORTE DE MADEIRA

El suceso más notable ocurrió a media tarde. El viento había rolado a nornoreste y ahora la flota navegaba de bolina. Al son del silbato del nostromo, Viruta y las demás cuadrillas habían reglado las velas y el Santísima Trinidad se deslizaba pesadamente, escorado a estribor de manera tan pronunciada que la primera batería de ese costado era inoperable. Nos habíamos reunido en el salón antes de lo habitual, pues don Luis y don José deseaban hablarnos. Fue entonces cuando una lancha llegó a nosotros, enviada desde la cabeza de la tercera columna. Don Andrés, que permanecía en la toldilla, bajó a avisarnos.

—Viene de la Glorieux.

Don Aniceto quedó pensativo y miró a don Luis, que se levantó a recibir el mensaje, no sin cierta incomodidad. El modo en que miró a don José y a don Aniceto me reveló que aquello no los había sorprendido; nos rogó que le esperásemos, que no tardaría mucho.

Desde el salón oímos fragmentos de una conversación en francés. Luego, Córdova entró, cerró la puerta, se sentó y arrojó un pliego de papel sobre la mesa.

—Bueno, ya tenemos la cagadita del francés.

—¡Don Luis, por Dios! —exclamó Mazarredo ante tamaño exabrupto.

La verdad es que jamás le había oído hablar de aquel modo... hasta aquel momento. Pero Córdova señaló el papel con gesto airado.

—Lea, lea su excelencia. Vean el tipo de personas con las que nos lanzamos a la batalla —insistió.

Mazarredo dudó: miraba alternativamente a don Luis y aquel papel arrojado con desprecio sobre la mesa, y luchaba contra su condicionamiento de no leer nada que no estuviera dirigido a él.

—Puede leerlo, don José, pero les ahorraré el trabajo. Diríase que al gallito francés se le han mojado las plumas y ahora me ruega que reconsidere mis instrucciones. Que es demasiado arriesgado presentar batalla sin saber si es Geary el que viene hacia nosotros; que en el caso de que estén siguiendo el rumbo que suponemos, no estamos haciendo nada para ganarles el barlovento, ¡y que no es cabal enfrentarnos con la flota inglesa y cederles tal ventaja!

Mazarredo palideció, y vi cómo don Aniceto crispaba los puños. Los tres tenientes de navío lanzaron varios «¡oh!» de indignación.

—Por supuesto, habrá consignado este mensaje en su diario de navegación —siguió Córdova—. Y así,

—Por la amistad, don Jorge —dijo.

—Sí, Viruta. Por la amistad.

Así estaban las cosas. En aquel rincón del océano, rodeado por la flota de don Luis y más de doce mil hombres, Viruta era mi único amigo.

señores, es cómo prepara un petimetre sus excusas para salvar su cuello e incluso hacer méritos si todo este negocio sale mal. En eso invierte su ingenio: no en preparar mejor la batalla, menos aún en cumplir las órdenes de su comandante de la mejor manera posible.

—Pero eso es... —comenzó a decir don Joaquín.

—¿Insubordinación? —adivinó don Luis—. Oh, no, no tiene arrestos para eso... Es solo una maniobra política fruto del miedo y el cálculo.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó don Andrés—. Ese hombre no tiene honra.

—Ustedes no harán nada, salvo observar; esto es cosa de don José y mía, pues vamos a responder. En el futuro, sus excelencias no deben dejar cartas como esta sin responder. Don José, ¿tendría la amabilidad de tomar recado de escritura?

Mazarredo afirmó levantándose con diligencia para tomar un pliego en blanco y pluma y tinta de su mesa. Todos miramos expectantes.

En este sentido, debo señalar que podría inferirse por mi relato que don Luis actuaba preso de la ira. Pero con el tiempo he tenido la oportunidad de reflexionar mucho sobre esa noche —sepa el lector que mi narración de aquella noche dista mucho aún de su final—, y estoy seguro de que don Luis hubo de intercambiar muchas cartas como aquella, tanto en la campaña del Canal como en el período en que navegamos junto a la escuadra francesa; y es que a la vez que navegaba la mar salada, cruzaba también el agrio océano donde se juntan las corrientes de la política y las ambiciones personales de hombres menos dignos que él. Sí, con el tiempo he concluido que don Luis se decidió a tratar ese asunto con nosotros presentes con fines educativos, pues aquella fue una de las lecciones magistrales que nos dejó; de algún modo, sabía que no le quedaba mucho tiempo.

—Escriba, don José:

A su distinguida señoría, comandante Antoine de Beausset, en la fragata Glorieux:

En respuesta a su amable misiva, y habiéndola leído con suma atención más de dos veces, no encontramos en ella ningún consejo práctico ni plan de acción que pueda aplicar en nuestro periplo. Más bien observo que se limita a resaltar riesgos inherentes al ejerci-

cio de nuestra función de oficiales de guerra al servicio de nuestros respectivos reyes, que son aliados. Los mismos riesgos de los que ya hablamos en el consejo de guerra que dio comienzo a esta misión y en el que su excelencia participó y pudo hablar con libertad; riesgos que, en este caso, se deben a la ventura de la dirección de los vientos, sobre las que no ejerceremos ninguna capacidad de control.

Si su excelencia posee alguna idea que permita dar un vuelco total a la situación de nuestra flota y asegurar su victoria, es obligación de su excelencia compartirla con su comandante en jefe. Si no le conociera y guardara por usted el más sincero de los afectos, ni inteligiera que su carta está motivada por su celo por el deber, diríase que su mensaje persigue fines menos inmediatos que nuestra salvación en la batalla; fines relacionados con nuestra rendición de cuentas en el futuro, en caso de que este no nos sea favorable.

Por lo tanto, le conmino a compartir cualquier propuesta de plan que mejore nuestra

situación, y que tomaré en la más profunda de las consideraciones. Pero en caso de que esto no se produzca, le ruego que reserve las lanchas para los mensajes que seguro tendremos que mandarnos en la inminente batalla, si Dios mediante, esta se produce. Hasta entonces, reciba este afectuoso saludo de su más humilde servidor. Don Luis de Córdova, teniente general de la Real Armada Española.

No dejé de observar la sonrisilla de don José mientras terminaba de redactar y pasaba el texto a don Luis para su firma. Este tomó sus anteojos, leyó satisfecho el texto y lo rubricó. Don Andrés lo llevó de vuelta a la lancha francesa, que esperaba abarloada.

Don Aniceto se acercó a don Luis.

—¿Es posible que tenga ahora un nuevo enemigo?

—Si es así, lo fue siempre. Pero eso no es lo importante —respondió Córdova.

—¿Y qué es, don Luis? —preguntó don Joaquín.

—La misión. El bien de la misión es lo único que importa. ¿Me oyen?

Contacto:

Javier Gómez Valero – Comunicación

Tel. 658 160 824

comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com

